

V Concurso Municipal de Cuento Juvenil Carlos Francisco Changmarín, Dirección  
de Cultura y Educación Ciudadana,

Se llamaba Red.

Por Quinela

## Se llamaba Red

Cuando llegó Red a casa yo cumplía cinco años. Él venía envuelto en una sábana de color rojo. Temblaba y chillaba mucho; estaba muy asustado. Yo estaba aprendiendo los colores en inglés y él necesitaba un nombre, así que lo primero que se me ocurrió fue llamarlo Red.

Unas horas después de haber llegado a casa, Red parecía estar muy tranquilo, chillaba menos y me seguía por toda la casa. Días después, parecía estar muy feliz con su nombre, movía su colita y hasta aullaba en ocasiones cuando lo llamaba. Se convirtió rápidamente en mi mejor amigo, mi juguete, mi almohada, compañero de estudios, mi cómplice cuando no quería comerme las zanahorias que preparaba la abuela. Era mi amigo inseparable. Llevaba siempre un collar color rojo, con una placa en forma de hueso, donde decía su nombre.

Al escuchar el sonido de la correa, su cuerpo gordito venía tan rápido como podía; no había necesidad de llamarlo; se desesperaba si demorábamos en salir de casa, ladraba y daba vueltas, ¡Sabía que era la hora de su paseo!

Hizo falta poco tiempo para que Red alcanzara un gran tamaño y se hiciera bastante pesado. Parecía que mientras más amor le daba, ¡más crecía!

Tuvimos algunos problemas en casa... o bueno, yo los tuve, porque Red era un mal portado... se comió los zapatos de mi hermano, dañó el sillón favorito de la abuela y rompió un jarrón de mamá; pero a pesar de sus travesuras, tenía una magia en sus ojos que hacía que le perdonaran cualquier cosa. Yo intenté esa mirada el día que rompí una ventana con mi pelota de *softball*, pero fracasé en el intento y tuve que pagar la ventana rota limpiando todas las ventanas de la casa por una semana.

Recuerdo que la primera vez que fui a la escuela, lloré mucho; no por ir a la escuela, sino porque me debía despedir de Red por muchas horas; eso para mí era una eternidad; ahora sé que eran solo 5 horas, pero no quería despegarme de mi mejor amigo ni por un minuto, y creo que él tampoco quería despegarse de mí, porque cuando me iba, algunas veces ladraba desesperado; pero cuando llegaba de la escuela, lo primero que veía al abrir la puerta, era su cuerpo peludo, su colita inquieta y su hocico lleno de baba y ¡los dos saltábamos de alegría!

No puedo negar que a veces me molestaba mucho, sobre todo cuando en el patio abría huecos por todos lados y mi mamá me regañaba

- ¿Por qué debo limpiar los desastres de Red? ¡Todo yo, siempre yo! - le discutía a mamá.

-Tratos son tratos- decía mamá cada vez que me oponía a pagar por alguna travesura de Red, para recordarme que el perro era mi responsabilidad. Al final terminaban ayudándome, sobre todo en algunas cosas que por mi edad no podía reparar.

Muchas veces amenazaron con regalar a Red, pero ambos llorábamos tanto que terminaban cambiando de opinión. Es que todos en casa querían a Red a pesar de sus travesuras.

Un día Red empezó a actuar muy extraño: agachaba sus orejas, no quería comer; parecía triste. Podía jugar por momentos conmigo, pero la única manera de que pareciera estar mejor, era cuando mamá se sentaba a su lado para que comiera. Cuando mamá se levantaba, se iba detrás de ella todo el tiempo; no la dejaba sola nunca, como si quisiera protegerla de algo.

Todos estábamos preocupados por Red, así que mamá y papá lo llevaron al veterinario, quien nos dijo que Red estaba muy bien de salud, solo que, en efecto, parecía un poco triste.

Una tarde vino de visita mi tía Olga y le pareció curioso el comportamiento de Red con mi mamá.

-Este perro está un poco extraño- dijo la tía Olga.

-Sí. El veterinario dice que está un poco triste, aunque no sabemos por qué. - Respondió mamá.

-Yo creo que viene alguien en camino. Espérate unos meses y me echas un cuento. Los perros perciben esas cosas.

Yo no entendí qué significaba eso, pero unas semanas después, me dijeron que Red tenía ese comportamiento porque estaba cuidando a mamá, porque mamá tendría un bebé y que los perros se sienten un poco tristes al pensar que los van a abandonar.

Nos dijeron que Red debía recibir mucho cariño para no sentir que mi nueva hermana le quitaba el puesto en la familia y así lo hicimos. Con el tiempo volvió a la normalidad. Red quiso mucho a mi hermana y ella también a él.

Mi perro me dio los mejores días de mi vida; con él fui muy feliz y sé que fue feliz mientras vivió con nosotros. Hasta que un día sucedió algo que me cambió la vida.

Era un día cualquiera, me fui a la escuela, un poco apurado porque mi papá se levantó tarde; me despedí de mamá y de Red, como siempre, con su hocico lleno de baba.

-guau, guau - ladraba Red. Yo sabía que ese ladrido significaba hasta luego.

-Te veo al rato. Te portas bien- le dije, al tiempo que le acariciaba su cabeza.

En la escuela todo estuvo bien, llegó la hora de salida y volví a la casa. Fue muy extraño no ver a Red detrás de la puerta, esperándome como siempre.

-Abuelita, ¿dónde está Red?

-Hace un rato llegó la vecina a traerme algo y el muy vivo aprovechó que la puerta estaba abierta y se fugó; pero no creo que se haya ido lejos. Debe estar donde la novia-. No era muy común que Red se fugara de casa, pero las pocas veces que ocurrió, lo encontramos cerca, donde unos vecinos que tenían una perrita llamada Mandi.

-Voy a buscarlo, abuela.

Dejé mi maleta a media sala y todavía con mi uniforme puesto, me fui corriendo a la casa de Mandi. Red no estaba. Lo habían visto hace algunas horas, pero no se dejó agarrar.

La búsqueda continuó. Mis amigos, sus papás y los míos se unieron. Mi preocupación era grande y aumentó mucho más cuando cayó la noche y todavía Red no aparecía.

Ese viernes antes de dormir, hablé con Dios, como mi mamá me había enseñado.

-Querido Dios, te pido que mi mejor amigo esté bien, que no esté pasando frío ni hambre. Sabes que es muy comelón. Por favor haz que aparezca pronto y que esté bien. Amén.

El sábado desperté muy temprano y le pedí a mamá y a papá que pegáramos por toda la barriada los anuncios que había impreso, con la foto de Red y su bonito collar rojo.

Llamaron durante ese día dos veces, pero al ir al lugar donde nos dijeron que lo vieron, no lo encontramos. Yo me sentía muy mal; no tenía hambre y no tenía ánimos de jugar. Nunca me había sentido así.

El domingo en la noche mi mamá recibió una llamada y salió apurada de casa, junto con papá, pero no me quisieron llevar. No tuve otro remedio que esperar en casa con mi abuela y mis hermanos.

Cuando llegaron, mamá estaba llorando y papá estaba muy callado.

-Mamá, ¿por qué lloras?

-Red se fue al cielo- dijo papá.

- ¿podemos ir a buscarlo? Si vamos en un avión podemos llegar.

Yo no entendía muy bien por qué se había ido tan lejos...

-Ojalá fuera tan fácil, mi amor- dijo mamá, sentándome en sus piernas. -cuando uno se va al cielo no puede regresar, porque ya no tiene un cuerpo, sino que es como que deja de existir. Ya no lo puedes ver, pero cuando lo recuerdas, sigue vivo.

- ¡yo no entiendo nada! - Le decía, mientras lloraba desconsolado. Solo quería que mi perro regresara.

Los días siguientes seguía sintiéndome muy mal, pero tenía que ir a la escuela, aunque ya no era lo mismo salir de casa sin despedirme de Red. Cada vez que volvía a casa, mi mente me decía que iba a encontrarlo detrás de la puerta, pero eso no volvió a pasar.

Yo tenía muchas fotos de Red en mi Tablet, pero decidí borrarlas, porque cuando las veía, lloraba mucho y eso no se sentía bien. Esa tarde mientras borraba las fotos, mi abuelita me vio llorando.

-Mijo, no llores. Si te la pasas llorando, Red no va a estar tranquilo en el cielo – decía. Yo no quería hacerlo sentir mal en el cielo, por eso, desde ese día, evitaba llorar, aunque nadie me estuviera viendo.

Algunas de las noches después que Red se fue, yo soñaba que construía una gran escalera con palitos de paleta, pero que eran tan fuertes que podía trepar por sus peldaños. En cada sueño, llegaba más alto y podía ver otros perros, pero nunca llegué a encontrar a Red, por lo que despertaba sintiéndome muy triste y a veces llorando.

Pasaron muchos días y a veces no tenía ganas de comer o no quería jugar con mis amigos. Todo me molestaba y entonces la abuela me regañaba mucho, porque decía que me portaba muy mal; en la escuela también tenía algunos problemas. Tanto así, que la maestra le envió a mi mamá una nota en el cuaderno que decía:

*“necesito verla el viernes. Su hijo ha estado muy distraído, pelea con otros niños, ha bajado sus notas. Desearía conversar con usted para saber si ha sucedido algo en casa, porque es muy extraño este cambio en Joaquín”.*

Mamá fue a la reunión con mi maestra y al salir, pensé que estaría muy molesta, pero no fue así.

-La maestra está un poco preocupada por tu comportamiento últimamente y por tus notas, pero dice que espera que vuelvas a ser el mismo de antes, porque eres un buen niño. Vamos a ir la otra semana a una cita con una doctora.

-Pero si yo no estoy enfermo, mamá. Yo no quiero que me pongan inyecciones. Me voy a portar bien.

-No te van a inyectar, hijo. Solo vas a hablar con ella. No te preocupes.

Esa noticia de ir con la doctora, me tenía un poco asustado, pero no iría solo; mamá y papá me acompañarían.

Llegó el miércoles. Fuimos a un lugar que parecía una escuela, pero solo había personas grandes y sin uniformes. Hacía mucho frío. Por suerte mi mamá siempre llevaba un abrigo.

Cuando llegamos, salió una muchacha que me pareció muy agradable; se agachó a saludarme; me dio la mano y me dijo su nombre.

-Hola, Joaquín. Mi nombre es Lorena. Soy psicóloga y hoy vamos a conversar un poco tú y yo, pero primero voy a hablar con tus papás. Puedes esperarnos aquí mientras juegas- dijo, señalando una esquina con juguetes. -Nosotros estaremos dentro de este consultorio y vas a estar con la señora Ildi un rato. Ella te va a cuidar. Si necesitas algo, le puedes decir.

-Está bien.

No sé cuánto tiempo demoraron con Lorena, pero cuando salieron yo estaba haciendo muñecos con masilla.

-Joaquín, ya puedes pasar.

- ¿Puedo llevar esto? - pregunté, enseñando los muñequitos que hice con masilla.

-Claro que sí. Pasa por acá. Ahora tus papás van a esperarte aquí.

Entramos al consultorio. Hacía menos frío que afuera. Era un lugar pequeño, con un escritorio, dos sillas y una computadora. También había unos cuantos juguetes más.

-Cuéntame, Joaquín, ¿Qué haces todos los días a esta hora?

-mmm. Yo salgo de la escuela y me voy a casa, como la comida que me sirve mi abuela y después veo un rato la tele, hago la tarea...

- ¿por qué hoy estás acá y no en casa haciendo esas cosas?

-bueno... es que la maestra dijo que debía hablar con usted, porque me estoy portando un poquito mal- confesé apenado.

Lorena escuchó todo lo que tenía que decirle respecto a mi comportamiento. Hablamos de mi familia, de las cosas que me gustaban y de Red.

No sé cómo, pero ella adivinó que yo quería llorar y entonces mencionó unas palabras mágicas:

-Si quieres llorar, puedes hacerlo. Todo eso que me dices que sientes se llama tristeza; cuando estamos tristes, nos da ganas de llorar y eso no tiene nada de malo.

Yo traté de hacer lo que la abuela me había dicho: no llorar para que Red se sintiera bien en el cielo, pero no pude. Sus palabras fueron como el permiso que yo necesitaba para sacar lo que sentía porque Red me dejó.

Lorena me caía muy bien. Era muy amable y respondía todas mis preguntas con mucha paciencia. Yo le pregunté si ella alguna vez había ido al cielo, porque yo construiría una escalera como la de mis sueños para ir a buscar a Red.

-No podemos ir al cielo. Al menos no estando vivos. Cuando se dice que alguien va al cielo, debe pasar una cosa... Pon tu mano en el pecho... ¿Sientes tu corazón?

-Sí, está haciendo pum pum, pum pum.

-Exacto. Tu corazón está latiendo; eso quiere decir que estás vivo. Para que alguien vaya al cielo, debe dejar de latir su corazón; entonces ya no respira y no siente nada; entonces dejamos de verlo y decimos que fue al cielo.

-Eso le pasó a Red entonces... o sea que yo no puedo ir a buscarlo, ni él puede bajar con mi escalera – dije, sintiéndome un poco decepcionado. - ¿alguien que tú quieres se ha ido al cielo?

-Sí. Claro que sí. Algunas personas a las que quiero mucho se han ido al cielo y eso me ha hecho sentir muy triste y he llorado por muchos días.

Entonces se me ocurrió decirle a Lorena que dibujáramos a quien se nos había ido al cielo. Ella dibujó un pequeño ángel y yo dibujé a Red, con su collar rojo, su placa de hueso, encima de una nube, mirándome con sus ojitos mágicos. Ese dibujo sería un recuerdo que íbamos a guardar los dos.

Ese día aprendí que lo que yo sentía por perder a Red, se llamaba tristeza; también aprendí que, si me siento triste, puedo llorar y no está mal. Red no se iba a sentir mal porque yo llorara, porque cuando uno quiere a alguien y no lo puede ver, lo extraña y da tristeza.

También supe que las fotos nos pueden ayudar a recordar a los que están en el cielo y sentir que todavía están con nosotros y, además, mostrarle a nuestros amigos y familia que tuvimos a alguien a quien quisimos mucho con nosotros y que ahora nos cuida desde el cielo.

Lorena me dio un papel pequeño donde escribió el día que debía volver y yo le dije a mi mamá que lo anotara en su celular, para no olvidarlo, porque me gustó mucho conversar con ella y quería volver para aprender más cosas.

Camino a casa le conté a mamá y papá todo lo que había aprendido y ellos dijeron que también aprendieron cosas, como que no está mal que llore porque estoy triste; los tres acordamos que había que contarle eso a la abuela. A lo mejor también se le había ido alguien al cielo y no sabía que llorar por eso no está mal.

Las próximas veces que vimos a Lorena, seguimos hablando de cómo me portaba en la escuela. Una de esas veces, orgulloso, llevé mi cuaderno de correspondencias, para que ella viera ¡con sus propios ojos!, que ya me estaba portando bien. La maestra me envió una nota que decía:

*“ha mejorado notablemente su comportamiento y sus calificaciones. ¡Sabía que lo lograrían!*

*Los felicito”.*

Lorena también me felicitó y me tenía un regalo.

-Esto es para ti- dijo. Era algo como un diploma, donde decía:

*“Se confiere este certificado a Joaquín, por haber asistido puntualmente al psicólogo, por su buen ánimo y sus ganas de aprender sobre las emociones”.*

-mamá, ¿podemos ponerlo en un cuadro para que papá lo ponga en la pared de mi cuarto? - pregunté muy entusiasmado.

-Es muy buena idea- dijo papá.

Nos despedimos de Lorena y nos fuimos a casa para mostrarles a mis hermanos y a la abuela lo que me había ganado.

Esa noche, volví a soñar que construía mi escalera de palitos de paleta, pero esta vez fue diferente, porque pude ver a Red. Fue un encuentro mágico. Red movía su colita incontrolablemente; me tiró al piso y con su hocico lleno de baba, no paraba de lamerme. Jugamos sin parar por mucho tiempo; luego me dijo que ya era hora de bajar otra vez y que él no podía acompañarme. Ambos sabíamos que era la última vez que jugaríamos. Fue una larga y triste despedida, pero esta vez yo lo entendí.

-No olvides que fuiste mi mejor amigo. Siempre que me recuerdes, voy a estar contigo; no podrás verme, pero tú sabrás que yo estoy ahí. Cuando crezcas y tengas una familia, muéstrales lo felices que fuimos y no olvides mostrarles esa foto donde salgo sonriendo. Nunca te olvidaré, amigo. -Dijo Red justo antes de despedirnos.

Nuestra despedida fue tan emotiva, que desperté empapado en lágrimas. Pero esta vez la sensación era diferente a los otros sueños, porque al fin pude darle ese último abrazo a mi mejor amigo Red.

-Papá, ¿puedo tener también un perrito? - preguntó Benji al terminar de escuchar la historia de Red.